

Dos años antes de los acontecimientos ocurridos en Buenos Aires, en mayo de 1810, viaja desde su provincia natal hacia la ciudad de Córdoba un joven mendocino con el objeto de iniciar sus estudios en el Real Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat, fundado en 1687, en tiempo de la gobernación de don Tomás Felipe Félix de Argandoña.¹

Córdoba, edificada en una estrecha ensenada entre el río Primero y un es-

los jesuitas, debido a la aplicación de la real cédula de Carlos III, el colegio y la universidad de la ciudad pasan a ser administrados por los franciscanos. El 11 de enero de 1808 es encargado de la rectoría el deán Gregorio Funes, sacerdote que realiza varias reformas en el plan de estudios.³

Los jóvenes de Monserrat, llegados de varias regiones del actual territorio argentino, no se diferenciaban de otros escolares del mundo hispánico de

Cartas de un estudiante de Córdoba en 1808

RICARDO RODRIGUEZ MOLAS

peso monte, según nos refiere el autor de *EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES*, era la ciudad universitaria, centro de estudios de la juventud rioplatense de aquellos años. Lucía siete iglesias y varios conventos de monjas y frailes. La riqueza de los pobladores —y fueron mucho mayores si no gastaran tanto en pleitos impertinentes—, el comercio de mulas, compradas en Buenos Aires y vendidas luego en el Alto Perú, la calidad de sus esclavos —en esta ciudad y en todo el Tucumán no hay fragilidad de dar libertad a ninguno—, lo costoso de la ropa de sus pobladores masculinos —los hombres principales gastan vestidos muy costosos, lo que no sucede así en las mujeres—, y la observancia de las costumbres de sus antepasados —no permiten a los esclavos, y aún a los libres, que tengan mezcla de negro, usen otra ropa que la que se trabaja en el país, que es bastante grosera—, habían hecho famosa a la “docta” entre los pobladores de estas meridionales regiones del Continente.²

Con posterioridad a la expulsión de

aquel entonces. Sus juegos y estudiantinas eran las mismas; de noche y a pesar del cuidado que ponían los celadores, se escapaban del colegio para rondar por el rancherío de la ciudad en busca de algún baile o una diversión fácil. Juan Cruz Varela —el poeta de la revolución— dejó unos versos que recuerdan un curioso episodio de la universidad a raíz de una rebelión de estudiantes contra el rector. Nos refiere el hecho Juan María Gutiérrez en el estudio que dedicara al diante en Córdoba, ridiculiza a uno de los escribanos que acompañaran a los jueces y al rector que iniciaron un proceso contra los rebeldes que habían tomado posesión de la casa de estudios y recuerda las sátiras de Quevedo:

*Entró una nariz primero
Luego un ala de sombrero,
Después dos cejas pasaron,
Y de tantos como entraron,
Don Diego Olmos fue el postrero.*

El estudiante mendocino que mencionáramos anteriormente se halló con un ambiente distinto al de la provincia natal. La juventud no tenía la misma forma de pensar que los mayores, criollos o españoles, que habitaban el virreinato. Los tiempos habían cambiado y las ideas del Viejo Continente —en algunos casos tenían ya medio siglo de vida—, llegaban a los claustros coloniales y sabían del interés de las nuevas generaciones que las comentaban en los recreos o en el tiempo destinado a preparar las lecciones. Pero no solamente las ideas habían cambiado entre los concurrentes a Monserrat o a la Real Universidad. Se tenía entonces otro concepto de la vida, distinto del fomentado durante siglo y medio desde las aulas. En las cartas de aquel joven a sus padres se menciona constantemente este hecho y se preocupa de mantenerlos al tanto del pensamiento de sus compañeros. Tomás Godoy Cruz —así se llamaba el estudiante mendocino— era apenas uno de los tantos Godoy de la región de Cuyo. Los años y los acontecimientos dirían de su valor y de su sabiduría. Entonces, su nombre era sólo conocido por sus compañeros y sus maestros.

Tomás Godoy Cruz había nacido en la ciudad de Mendoza, el 6 de marzo de 1791, y luego de realizar sus primeros estudios en la provincia natal sus padres lo envían a Córdoba a comienzos de 1808, contando apenas diecisiete años. En la ciudad es recibido como todo novato y tiene que soportar los manteos y bullas de los compañeros, especialmente durante los primeros meses. Por esa razón escribe a

sus padres: *Es cierto que de dos meses a esta parte han sosegado las burlas que le hacían los colegiales y no burlas cualesquiera, sino pesadísimas, pero no cesan las de palabras y algunos capotes le dan corrientemente.*⁵

Refiere en aquella oportunidad que se encontraba en perfecta armonía con los teólogos —se refiere a los estudiantes de teología— y no así con los filósofos, anotando luego que a pesar de aquellas diferencias lo respetaban. En una carta fechada el 17 de agosto de 1808, informa a sus padres sobre la colonia estudiantil del Colegio y sobre la existencia de dos compañeros de apellido Godoy, uno nacido en Mendoza y el otro en San Juan. Con orgullo agrega también de sus conversaciones con el pasante —así se denominaba al ayudante del profesor— sobre temas genealógicos relacionados sobre los antepasados de su familia, especialmente de su abuelo don Nicolás Godoy y de su abuela doña Paula. Interesado por el estudio del francés —idioma que lo ponía en contacto con otras ideas—, compra en diez pesos una gramática de aquella lengua, comentando que sus compañeros preferían aquel estudio y no el de teología.

De los profesores y de sus estudios escribe en otra oportunidad: *Estoy cursando teología, los catedráticos son frailes entre tanto no hay reposiciones: de primera, fray Fernando Braco, de Moral fray Gervasio Monterroso, fray Juan Esteban Soto de Cánones, el otro no se más que el apellido que es Acevedo y este es de visperas y otro que hace la de escritura aunque no sé su nombre.*

Los cambios ideológicos del siglo XVIII se reflejan en el colegio en el interés por el estudio de nuevas materias, especialmente el idioma francés que lo enseñaba, de acuerdo a lo que refiere, el profesor de geografía, *que también compone máquinas*. Pero no solamente ese curso sabía del interés de los colegiales de Córdoba: *Todavía hay otra escuela y distribución* —anota en una de sus cartas— *que es de música de flauta, violín, clave, clarinete y bajón y con esta distribución se nos quita el tiempo de asueto*.

Al parecer tenía gran disposición por el estudio de la música y conocía ya alguna técnica. Es interesante agregar que las autoridades de Monserrat no querían que los colegiales ejecutaran la guitarra, instrumento que los criollos tocaban en las pulperías y en los bailes del rancherío cordobés.

La mala calidad de la comida que se daba a los internados es uno de los temas más frecuentes de los alumnos en las cartas a sus padres. El 16 de julio de 1808 escribe Tomás Godoy Cruz sobre ese nada simpático aspecto de los males del colegio: *Estamos experimentando alguna hambre y no sé como no haigan (sic) resultado enfermedades por causa de la comida que de pocos días a esta parte se ha echado a perder en tanto grado que han estado los colegiales por presentarse al que corre con esto diciéndole que no los quiera hacer morir de hambre, no así de tanto la descompostura por falta de condimento el cual siempre ha estado malo, sino sumamente fofa y cansada que cuasi se podía estender como manteca encima de una rebanada de pan, pero pienso que tendrán ya reparo en esto por el murmullo de los colegiales*.

La mala comida dada a los estudiantes, costumbre heredada de la mejor tradición española, preocupaba a los padres de Godoy Cruz, quienes con el objeto de aliviar las hambrunas le enviaban cajas de dulces —especialmente orejones— y otros alimentos que reparte en algunas ocasiones con sus compañeros. En aquella época se abandona la escolástica costumbre de tomar apuntes en las clases, estudiándose directamente de los libros: *En las clases ya no se escribe y de esta suerte se adelanta mucho más porque en la mitad del tiempo que se ocupaba en la escritura y explicación se trata media cuestión o una de comprensión o una de comprensión o inteligencia. Es cierto que se gasta más porque tiene que comprar cada colegial dos obras que son Billuart⁶ y Antoine para estudiar estas lecciones*.

Solicita en aquella ocasión de su padre el envío de una flauta para su amigo Juan Antonio Saráchaga —que fuera gobernador de Salta y posteriormente rector de la Universidad—, dudando pueda ejecutar este instrumento por sufrir, como refiere, una lesión a los pulmones. Critica con toda severidad el método utilizado para el estudio de la geografía, *pues* —como escribe— *se aprende de memoria la diversidad de mares, islas, reinos, etc.* El razonamiento era un sistema muy poco empleado en el Colegio, la memoria suplía todo defecto y era la encargada de demostrar la inteligencia de los jóvenes internados. La memoria hacía repetir de corrido las lecciones de los profesores y las leyes de los códigos como si se trataran de oraciones para ser dichas en la capilla.

Recuerda frecuentemente en sus cartas al deán Gregorio Funes, rector del

PAPELES DE ARCHIVO

Colegio, expresando en cierta oportunidad a raíz de una entrevista que tuvo con él, elogiosos conceptos sobre su persona: *Con este mismo motivo me he impuesto, tanto, de su gran motivo de pensar como también de su buen genio, agasajo y semblante risueño no ha de imaginar Ud. que un dean y rector de un Colegio de Monserrat muestre aquel semblante risueño y humilde al más mínimo con quien hable; es muy semejante al genio del padre Reta en cuanto a la risa sincera y rostro pero no en su animoso, pusilánime y oscuro entendimiento y pensamientos, pues estos son tales que piensan todos que se ponga el colegio mejor que nunca.*

Está de acuerdo con el nuevo rector por incluir en el plan de enseñanza otras lenguas fuera del latín, idioma hasta entonces indispensable para entender los gruesos infolios de teología. La mayor parte de los colegiales tenían mucho interés en conocer los idiomas francés e inglés, *los más útiles para el comercio* —como escribe—, ocupación ésta que la burguesía de las ciudades y especialmente la de Buenos Aires, interesada en nuevos horizontes, necesitaba en sus frecuentes tratos con los mercaderes de otras regiones del mundo. No estaban lejanos los días que llegarían al puerto de Buenos Aires sin dificultad algunos buques de otras naciones para comerciar sus mercaderías a cambio de los productos de la tierra.⁷

En Córdoba el joven Godoy sigue con interés las lecciones de sus maestros. Se le envían libros desde Buenos Aires y comenta en sus cartas la alegría que le producen. El 16 de agosto de 1808 comunica a sus padres que había recibido una encomienda con

cuatro mazos de orejones de su provincia y un paquete con las obras de Almeida, texto de filosofía en uso en aquellos años, que había solicitado anteriormente. Recomienda en aquella ocasión que en el futuro no le envíen libros envueltos en bolsas pues ellos se arruinan y explica que el mejor modo de hacerlo es en cajones, hechos a medida. Luego, satisfecho con sus tesoros, anota: *Por ser esta la obra mejor que hay en todo el Colegio le tengo bien guardada en mi baúl porque no me lleven tomos o me los ajen. El vicerrector luego que los vio le llenó de gusto y me pidió prestado el tomo de Metafísica.*

Los orejones —tan necesarios para reprimir el hambre y suplir la mala comida —habían producido entre sus compañeros gran contento y al decir de su carta *eran de puros duraznos blancos, dulces* llegando en excelente estado de conservación a pesar de los cientos de kilómetros que habían recorrido. La comida seguía preocupando a su estómago y a su pluma: era aún mala y muchos colegiales abandonaban el colegio por no sufrir más las continuas enfermedades que producía la calidad nada recomendable de la misma.

Otra de las causas de las continuas deserciones era el nuevo plan de estudios que no conformaba el interés de muchos internados. No difería mucho, a pesar de los cambios introducidos, del anterior sistema, persistiendo aún en 1808 la antigua inspiración de la docencia medioeval, como expresa un historiador al referirse a la situación del colegio y de la universidad en aquellos años.⁹ Pero a pesar del interés por que no ocurriera, las ideas iluministas y de la enciclopedia habíanse

filtrado entre las cátedras de Córdoba: el espíritu del siglo XVIII llega a las aulas y los estudiantes transmitíanse el pensamiento de la generación que había transformado a Europa.

En esos años las luchas y discordias entre las distintas banderías internas —partidarios de los franciscanos y del clero secular— apasionaban a los estudiantes y los apartaban de sus actividades específicas. Desde 1808 y debido a la entrega de la administración del Colegio al clero secular los franciscanos discutían periódicamente con sus herederos en Monserrat y en los claustros universitarios. Tomás Godoy Cruz escribe, refiriéndose a las discusiones y peleas entre los distintos sectores: *Es mucho mejor que se salgan estos que se quieren salir, mientras más se salgan habrá más sosiego en el colegio, digo que los que se salen son de los partidarios de los frailes, pues cesará la continua presión que hay entre estos bandos.*

Líneas más adelante refiere a su padre que es completamente neutral en aquellas disputas —entre colegiales cuando exigen diga mi sentir acerca de la cosa digo que me parece muy acertado su modo de pensar y por el contrario, cuando estoy delante de partidarios de los clérigos— y agrega risueñamente jugosos comentarios sobre aquellos hechos que tenían a mal traer a las autoridades. Opina que los partidarios de los frailes que luchaban por el predominio *tienen un mal pleito con el vicerrector, pasante y demás ministros* y que por esa razón su neutralidad es beneficiosa.

La lucha partidaria entre aquellos bandos alteraban también a la ciudad donde la población había tomado posición frente a los sucesos que venimos

relatando. Los colegiales debido a los desórdenes abandonan Monserrat, especialmente los que seguían los cursos de teología. A fines de 1808 sólo quedaban cuatro estudiantes inscriptos en aquella materia.

En otra carta expresa nuevamente sus preocupaciones y refiere a su padre que gracias al talento del dean Funes se habían aplacado los ánimos y agrega que *aún está el pueblo dividido en dos bandos, todo ha estado hecho una mazamorra*, alusión gastronómica que indicaba lo revuelto de la situación.

Las noticias de España y de las tropas de Napoleón son también motivo de comentario. En setiembre de aquel año relata a sus padres: *Ya supongo sabrán ustedes de de las bullas que han traído estas nuevas noticias que han venido de Europa al que aquí han habido pues tanto regocijo las han causado: que toda alma viviente, mujer, hombre, niño doctor, clérigo, canónigo, etc., andan con escarapelas, espuldiendo en ella o con piedras, lantajuelas (sic), o otra cosa semejante las siguientes palabras: Viva Fernando VII.*

Llega fin de año y con él los temidos exámenes de los estudiantes, escribiendo el 10 de noviembre que el día anterior lo habían examinado en teología y *he salido nuevamente aprobado y aunque mi condiscípulo ha salido también aprobado he tenido yo más gloria por más circunstancias que han militado y que no conviene referirlas.*

Al año siguiente, después de las vacaciones, reanuda los estudios. Sus padres reciben como en 1808 periódicas noticias sobre sus actividades en el colegio. No es ya el novato sin experien-

PAPELES DE ARCHIVO

cia que tímidamente relataba sus aventuras entre los compañeros de clase.

Por aca no hay más novedad --apunta— que después de haber obtenido el año pasado el cargo de sacristán menor y al mes el de sacristán mayor he obtenido a principios de este el de enfermero del colegio que (es) de más dignidad y actualmente, el más honorífico de todos los del colegio cual es el de bedel de teología.

Godoy Cruz, como todo joven de su edad —recordemos que tenía dieciocho años— se alegra del nombramiento y afirma con la seriedad de un hombre: *Ud. bien ha de saber como estará de conocido el carácter de un sujeto cuando llega a obtener dichos cargos.* Agrega, luego, dando énfasis a sus palabras, que tiene en su mano las llaves del vino —*que como sabrá Ud. es como de los licores prohibidos con penas graves*— y las de la puerta de la calle. Sin mayores explicaciones afirma que *puede ir y pasearse por toda la ranchería* y que tiene dominio sobre los criados... ¿Paseos nocturnos, bailes en los ranchos o simplemente la vanidad de un adolescente que tenía los medios indispensables para lograr los deseos de un estudiante de edad?

Los estudios, de acuerdo a una real cédula, se complican cada vez más. Para poder graduarse debían cursar siete años de teología y cuatro de filosofía *por lo cual* —anota— *la mayor parte de los colegiales que piensan graduarse están lléndose para otras partes o a lo menos piensan irse.* El deán Funes había prohibido el abuso del llamado *fervor escolástico*, denominándose así a la costumbre de repetir hasta el cansancio las lecciones de los profesores. Este sistema de estudio llega-

ba a tal extremo *que aquel que no gritaba en demasía lo tenían por mal estudiante*, refiere a sus padres, contento de no tener ya que aturdir con su voz a los roncocompañeros.

Entre los condiscípulos de aquel año se encontraban tres hijos y un sobrino del virrey Liniers. Las novedades son de interés. Los cambios introducidos por las autoridades españolas reflejan la situación de la colonia y el pensamiento de aquella nueva generación que poco tiempo más tarde dirigiría desde sus altos cargos a la joven república. A pesar de la numerosa deserción de los colegiales con el fin de estudiar en Chuquisaca, donde hallaban otro espíritu diferente, los que aún quedaban en Córdoba comprendían que las cosas iban cambiando: *El colegio va cada día mejor, tanto en los estudios antiguos como en los que están de nuevo introduciendo a cada paso*, escribe el 16 de julio de 1809.

La llegada de los hijos del virrey altera a los estudiantes, cambiando en algunos aspectos el ritmo de vida. Como hijos de nobles los libros debían alternar con las armas y por esa razón Liniers había mandado a un espada-chín *para que enseñe a sus hijos el manejo de la arma blanca*, pagándole a éste una elevada cantidad de dinero.

La vocación del joven mendocino se encausa hacia las leyes y dice a su padre: *Yo quisiera estudiar las dichas leyes acá atendiendo a que según un nuevo plan me parece han de adquirir indeclinable pericia en esta facultad los que estudian acá.* Agregaba líneas adelante que una de las mayores dificultades era lo extenso de la carrera dejando a su padre la elección de sus futuros estudios. El 15 de octubre, en la última de sus cartas desde Córdoba,

refiere las noticias y los rumores que circulaban sobre la revolución de La Paz.

Al año siguiente, en los primeros meses de 1810, como afirma Ricardo Videla,¹⁰ cruza la cordillera para proseguir sus estudios, obteniendo en la Universidad de San Felipe —en Chile—, el 28 de abril de 1810, su título de bachiller en filosofía. Luego, tiempo más tarde, con su diploma de abogado, iniciaría su actuación políti-

ca en la ciudad de Mendoza, El estudiante de Córdoba de 1808 y 1809 dejaba el anónimo e iniciaba su vida con los ideales de su juventud. Pocos años más tarde, cuando sólo contaba veinticinco de edad, integraría el Congreso de Tucumán, donde ejerció una influencia decisiva, como dice Mitre. Ejerció la primera magistratura de su provincia natal y colaboró estrechamente en los planes emancipadores de San Martín, a cuya confianza y amistad supo hacerse acreedor.

NOTAS

¹ ANTONINO SALVADORES: *La Universidad de Córdoba*, en *Historia de la Nación Argentina*. Ricardo Levene, director general, volumen IV, Academia Nacional de la Historia, págs. 201 y ss.

² El autor del libro mencionado escribe: "A mi tránsito se estaban vendiendo en Córdoba dos mil negros, todos criollos de las Temporalidades, sólo de las dos haciendas de los colegios de esta ciudad. He visto las listas, porque cada uno tiene la suya aparte, y se procede por familias, que las hay desde dos hasta once, todos negros puros, y criollos hasta la cuarta generación, porque los regulares vendían todas aquellas criaturas que salían con mezcla de español, mulato o indio. Entre esta multitud de negros hubo muchos músicos y de todos oficios, y se procedió a la venta por familias".

³ Cfr.: CARLOS A. LUQUE COLOMBRES: *El primer plan de estudios de la real universidad de San Carlos de Córdoba*, 1808-1815, Instituto de Estudios Americanistas, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba 1945.

⁴ Los documentos que citamos, en su mayor parte inéditos, se guardan en el archivo del Museo Mitre, Buenos Aires.

⁵ Eran comunes entre los estudiantes del Colegio Monserrat las bromas pesadas, recordemos las que refiere Ramos Mejía en *Las neurosis de los hombres célebres* al estudiar la personalidad del dictador Francia.

⁶ Se refiere a Fr. CAROLI RENATI BILLUART: *Cursus teologiae juxta mentem... divi Thomae in Summa*. Matriti, 1798, 3 volúmenes. Esta obra se empleaba en los de teología que realizaban los estudiantes en los últimos decenios del siglo XVIII.

⁷ La burguesía de las ciudades representó sin lugar a ninguna duda un factor progresista en los acontecimientos de 1810 en el virreinato del Río de la Plata. Belgrano en su *Autobiografía* al mencionar sus estudios en Salamanca, Valladolid y en Madrid, anota: "Confieso que aplicación no la contraje tanto a la carrera que había ido a emprender, como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política".

⁸ Se refiere a TEODORO DE ALMEIDA y posiblemente a su *Recreación filosófica*, Madrid 1785, 10 volúmenes y posteriormente agregados en 1792, 8 más. Este libro se leyó mucho en los últimos años del siglo en las universidades americanas.

⁹ Cfr.: CARLOS A. LUQUE COLOMBRES: *Opus cit.*

¹⁰ RICARDO VIDELA: *Vida de Tomás Godoy Cruz*, Mendoza, 1936.